

«... cualesquiera riñas, batallas y pendencias, por peligrosas que fuesen». Cervantes. (*Don Quijote de la Mancha*).

«... y poner en segura prisión a cualesquiera procuradores que viniesen de Nueva España...» Antonio Solís. (*Historia de la Conquista de Méjico*).

«... Dios y la anciana lo sacarían de allí con bien, precedido del cautivo, cualesquiera que fuesen las causas que le hubiesen detenido». Navarro Villoslada. (*Doña Urraca de Castilla*).

«... fuesen cualesquiera los títulos y derechos que en favor de la goda Amaya se alegraran...» Navarro Villoslada. (*Amaya o los vascos en el siglo VIII*).

«¿Es preciso tomar armas?—Traigo. Pero si preferís las vuestras a las mías...—Cualesquiera me bastan». Tomás Aguiló. (*A la sombra del ciprés*).

Don Ramón de la Cruz en su sainete *La visita de duelo* hace hablar así a uno de sus personajes: «Y lo tercero—que en llamándonos Vds.—con *cualquiera* pretexto—podemos pelar la pava».

Esto lo dice un petimetre. Me temo que D. Ramón de la Cruz se quisiera burlar de él poniendo en sus labios tal dislate.

#### UN APRENDIZ DE HABLISTA

(1) No será necesario advertir que cuanto va dicho es aplicable también a esta palabra cuando se usa como pronombre indefinido.

## INÉDITAS

### INFANTIL

¿No ves en el Cielo,  
brillar las estrellas?  
Corre, corre, hermana,  
que quiero cogerlas.

¿No ves en Oriente  
inflamado el sol?  
Corre, corre, hermana,  
que lo bese yo.

¿No ves en la ría  
pintada la luna?  
Corre, corre, hermana,  
que duerme en su cuna.

\*\*\*

Por tí se reunieron  
en Corte tan bella;  
sé buena y no llores:  
Sol, luna y estrellas.

### CASUAL

De mi carpeta saqué  
una nítida cuartilla,  
para hacer una quintilla  
que comencé y no acabé.

Cuidadoso la doblé.  
(en mil pliegues la cuartilla);  
y si no salió quintilla,  
salió un barco de papel...

¡Que navegó a maravilla!

JUAN RAMOS APARICIO

Alcántara, Abril de 1949.

## RECUERDOS DEL MADRID DE 1909

# EFEMERIDES TAURINA

POR DANHUR

AMANECIÓ un día espléndido; uno de esos días primaverales que solean las vías madrileñas llenas de un tráfico que, sin dejar de ser dinámico y abundante, no es, empero, el que caracteriza a la gran urbe en su diario laborar. Este domingo, y todos los días festivos, hace del peculiar optimismo de los habitantes del Madrid de principios de siglo, que desborde su entusiasmo y que los preparativos camperos,—toda una semana esperados,—tengan efectividad para innúmeras familias, ávidas de nuevos horizontes y de saturación de la deliciosa temperatura de la risueña estación.

(Risueña entonces, que ahora se nos muestra hosca, tacaña y hasta agresiva; no tiene formalidad el tiempo. ¡Cómo llovía y nevaba aquellos inviernos! ¡Qué asfixiante calor en los veranos! Pero actualmente... actualmente con el traje de entretiempo y la gabardina de seis temporadas vamos tirando; milagrosamente, pero vamos saliendo adelante, y salvando baches y esquinas con la consabida linterna de bolsillo.)

Para nosotros, modestos y circunstanciales vecinos de la Villa y Corte, alejados de todo vínculo familiar, sin más íntima comunidad que la de nuestros libros y las añoranzas del terruño, no había más horizonte que la Bombilla, y más concretamente, el merendero de Juan, el del *Campo del Recreo*. Allí acudíamos con el ánimo bien dispuesto y con dos o tres pesetillas para todo lo que saliera. Aunque, previsora, para que tal cantidad llegase íntegra, en su despilfarro, a proporcionarnos el disfrute de manjares y emociones en aquel edén, comenzábamos por trasladarnos a pie desde Sol a Bombilla, ahorrando así los treinta céntimos del tranvía. ¡Y por que un paseito después de la comida era muy sano, qué caramba!

Pero aquella tarde abrioleña del 909 nos alborotó un empedernido aficionado a la fiesta brava. A vuelta de intrincados cálculos aritméticos, dejando exhaustos para toda la semana nuestros ya flácidos bolsillos, obtuvimos el convencimiento de que podíamos reunir lo necesario para unos asientos de gradería de *sol y sombra*. Tomamos un *tupi* en el bar del salón Romea, en calle Carretas (el café exprés de entonces, por 15 céntimos) y enfilamos a buen paso calle Alcalá hasta *tropezar* con el Coso de la carretera de Aragón.

No recuerdo quienes eran los matadores que formaban la terna con Gaona; pero lo que no podré olvidar nunca es la impresión honda, de infinita angustia, que recibí aquella tarde. La temporada taurina del 909 fué la del famoso pleito de los *Miuras*. ¿Pleito? ¡Vaya usted a saber! Lo cierto es que la célebre pareja *Bombita-Macha-*